

¿Es universitaria la formación del docente universitario?

DR. GUILLERMO JAIM ETCHEVERRY

Academia Nacional de Educación

EL ELEMENTO esencial, el componente que define a una universidad, es la calidad de sus profesores. No es casual que las universidades se hayan originado hace más de un milenio a partir de la reunión de personas interesadas en torno de quienes ellas consideraban modelos de conocimiento y de vida. Como decía Alfonso el Sabio en *Las Siete Partidas*, hablando de los estudios generales —equivalentes a la actual universidad—, se trata de un “ayuntamiento de maestros et de escolares que es fecho en algún lugar con voluntad et con entendimiento de aprender los saberes”.

Hace años, el eminente profesor Alfredo Lanari buscó ilustrar un artículo sobre facultades de Medicina en el mundo con fotografías de las más reconocidas. Solicitó en ellas esas fotos y recibió imágenes de grupos de personas, el conjunto de los profesores de esas escuelas. Allí se entiende que la

escuela es esos profesores y no su edificio.

Por eso, el principal factor para tener una buena universidad es contar con buenos profesores. Porque el objetivo central de una universidad que pretende ser importante es que sus alumnos entren en contacto directo con personas excepcionales. Que las vean, las escuchen, las sientan pensar. Se trata de una cuestión de proximidad, de la vista y del oído. Como afirma George Steiner en su reciente libro *Errata*, “el académico, el profesor significativo debe ser fácilmente visible. El alumno debe poder cruzarlo varias veces en su camino diario”. La consecuencia, como en la *polis* de Pericles, la Bolonia medieval o la Tübingen del siglo XIX, es lo que Steiner llama “la contaminación acumulativa”. Esa contigüidad es la que hace que el estudiante o el joven investigador puedan llegar a ser irremisiblemente

infectados. Que adquieran así el aroma de la cosa real.

Los pensadores, los eruditos, los matemáticos o los científicos teóricos o de la naturaleza son seres poseídos. Es en la masa crítica de una comunidad académica exitosa donde se entrecruzan las órbitas de todas esas extrañas obsesiones individuales. En el campo que generan esas mentes es donde el joven queda atrapado por la singular fascinación del pensar.

Una vez que los jóvenes han sido contaminados por el virus de lo absoluto, una vez que han visto, oído, hasta olido la fiebre y el fervor de aquellos que buscan desinteresadamente la verdad, persistirá en ellos algo de ese resplandor singular. Por el resto de sus vidas o de sus carreras —en la mayor parte de los casos rutinarias y poco distinguidas— esas personas llevarán dentro de sí alguna defensa contra el vacío interior.

Refiriéndose a los elementos centrales de la educación superior, Henry Rosovsky, en su libro *The University: An owner's manual*, señala que una persona educada debería:

1) Ser capaz de escribir en forma clara y efectiva; de comunicar con precisión, congruencia y fuerza, adquiriendo además el entrenamiento necesario para pensar críticamente.

2) Tener una apreciación crítica de la forma en que se obtiene el conocimiento y una comprensión del universo, de la sociedad y del hombre mismo. Esto implica una familiaridad informada con:

a) Los métodos matemáticos y experimentales de las ciencias físicas y biológicas.

b) Las principales formas de análisis y las técnicas históricas y cuantitativas que permiten investigar el funcionamiento y el desarrollo de la sociedad moderna.

c) Algunos de los logros académicos, literarios y artísticos del pasado.

d) Las más importantes concepciones religiosas y filosóficas de la humanidad.

3) Conocer otras culturas y otras épocas para poder así visualizar la propia experiencia vital en contextos más amplios.

4) Poseer cierta comprensión y experiencia en problemas éticos y morales, contar con un juicio informado que le permita hacer elecciones morales discriminativas.

5) Haber adquirido profundidad en algún campo del conocimiento.

Contar con los datos, teoría y métodos provenientes de algún campo para definir

algún tipo de problema concreto, desarrollar la evidencia y los argumentos que se pueden proponer en las distintas facetas de un mismo problema y llegar a conclusiones basadas en una evaluación convincente de la evidencia.

¿Es posible contar con esos docentes excepcionales que ofrezcan a sus estudiantes estas posibilidades de desarrollo personal?

En las condiciones actuales del mundo, y en particular en las de nuestra sociedad, no resulta fácil ser optimista. Siendo generoso, podría afirmarse que son muy pocas las comunidades universitarias locales que brindan al estudiante la ocasión de experimentar el espectáculo del pensar de sus profesores, la experiencia que los inmunice contra el vacío interior que pretende Steiner o que les proporcione los elementos de una educación como la deseada por Rosovsky.

¿Qué hacer? Resulta imperioso discutir la idea de universidad. Aclarar para qué nos sirve esa institución. Decidir si lo que queremos es contar exclusivamente con academias profesionales que enseñen mejor o peor un saber determinado o si nos interesa tener al menos algunos de esos complejos organismos sociales, conocidos hasta aquí como

universidades, que además transmitan los elementos esenciales que hacen que el hombre sea más completo, más *humano*.

De ser así, resultará imprescindible trabajar sobre los profesores. Además de la necesaria formación técnica para la enseñanza —de la que en su gran mayoría carecemos los profesores universitarios— es imperioso tratar de incorporar personas que constituyan modelos vivos del pensar. Por eso es también importante desarrollar activamente la investigación en el ámbito universitario: porque solo así se logrará que los jóvenes tengan algún resplandor de la excitación que implica la búsqueda del conocimiento o de la creación en general.

Es, pues, en la formación del profesorado universitario, en la generación de las condiciones para el desarrollo de su libre trabajo intelectual, donde se juega una parte importante de la calidad de la clase dirigente de un país y, por lo tanto, de su destino como nación.

Bibliografía consultada

ROSOVSKY, H. 1990. *The University: An owner's manual*. Nueva York: W. W. Norton Co.

STEINER. 1997. *Errata*. Londres:
Weidenfeld & Nicolson.

Publicado en www.educ.ar